

Tina Marina

Por: Analuolá

Con esta historia me quedaron más que impresadas en la memoria dos cosas: la pérdida de la humanidad, y las pequeñas chispas de luz de quienes luchan por rescatarla.

Mi Tina marina.

Es tan curiosa la manera en que se desarrollaron los hechos que siquiera atino a decidir por dónde comenzar. Todo inició con aquél suceso monstruoso, ahora un turbio recuerdo de piedras, sangre, y maldad. Con apenas doce años, me encontraba acompañando a mi mamá en su trabajo. La ventana avistaba a un terreno baldío, en el que vislumbré a un par de sujetos arrojando piedras. Fue casi simultáneo el momento en que mi madre y yo nos percatábamos de que aquellos hombres estaban atacando a un indefenso animal que yacía en el suelo.

Salimos de inmediato y nos dirigimos a la escena, en donde los hombres parecían haber terminado su fechoría. Mi madre, indignada, comenzó a cuestionarles sus abominables acciones.

–A esas ratas nadie las quiere –respondieron sin más.

Mientras la discusión se desarrollaba a mis espaldas, yo me acerqué lentamente a la “rata”. En un charco de sangre, yacía su cuerpo magullado.

Era un tlacuache. Estaba muerto.

El corazón se me hizo nudos y los ojos me comenzaron a arder. El pobre animalito había perdido la batalla en contra de la crueldad, y la mera ignorancia le había arrebatado la vida. No cabía dentro de mí por el coraje, (¿acaso esos hombres no sabían que el tlacuache es el único marsupial endémico de México?).

Escuché pasos aproximarse. Los hombres se habían marchado. Era mi mamá, quién sin pensárselo dos veces, comenzó a tocar el cuerpo del tlacuache, palpando con mucho cuidado el estómago aún caliente del animal. Le abrió el marsupio, y ahora sí que reventé.

Acurrucados, aún con los ojitos cerrados, estaban sus siete pequeños. Siete tlacuaches ahora huerfanitos. Corrí a buscar una caja, y los recogimos uno a uno, sintiendo una punzada de dolor al ver cómo se aferraban con sus manitas al cada vez más frío cuerpo de su mamá.

Ese día tomé la gran responsabilidad de criarlos, y me prometí salvar esas siete vidas. Fue una lucha difícil y una disciplina enorme. Los alimenté con jeringa cada dos horas por días, semanas... los llevé pegados a mi cuerpo. Los tlacuachitos necesitaban el calor de un vientre, así que me ideé un marsupio artificial para cargarlos conmigo a todos lados ¡inclusive en la escuela!

Finalmente, abrieron los ojitos. No conocieron a su madre biológica, pero me atreveré a decir que aprendieron a reconocer mi olor y voz. Siempre se adherían con sus manitas a mi piel. De entre todos ellos, había un tlacuachito en especial que siempre se separaba de los demás. Mientras todos dormían juntitos en el marsupio, ésta cría se escapaba, escalaba hasta mi cuello y se acurrucaba.

Más que predecible es decir que se trataba de mi Tina Marina. Cuando llegó el momento de dejar a las crías en libertad para retomar su vida salvaje, ella se quedó. Aun no comprendo por qué, y quizás nunca lo haga, pero Tina decidió quedarse conmigo hasta el final de sus días. Me hizo compañía cuatro hermosos años, en los que se comportó como una fiel compañera y me alegró los días con sus lengüetazos y su manera peculiar de acurrucarse en mi cuello (vieja costumbre).

La ignorancia terminó con una vida, pero sin la falta de amor podrían haber sido ocho. Por ello exhorto a todos a tomar un rol consciente y a respetar toda forma de vida. La decisión de cambio está en nosotros.